



Inadecuado

EL BUEN SOL

por Alfonso GROSSO

MIGUEL! —quebró un hilo de voz sobre la almohada, estiró las piernas y se despezó lentamente. Tenía el cansancio atornillado a

los huesos, pero se acercó a ella para acariciarla. Por la ventana entraba el fulgor desvaído de la farola que mecía el viento en la esquina de

la calle. La alcoba estaba a oscuras, y los niños se habían dormido.

—No es eso, Miguel. Quiero estar solo junto a ti.

El deseo no llegaba ya de golpe por el camino de la garganta. Era necesaria aquella llamada, aquel previo contacto, para vencer al sueño.

GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

al cansancio, a la laxitud de los miembros y al desmadejamiento que dejaba la «automática» sobre el hombro derecho y los pulmones.

Antes, era ella la que se veía obligada a negarse hasta ser vencida por su insistencia: por la yema de los dedos acariciantes, por el abrazo firme y duro, elástico y musculoso, por el rictus de búsqueda sobre los labios. Aunque le temblara en el vientre el latido del reloj materno y hubiera perdido las formas adolescentes, él tenía siempre la misma arrogante seriedad a la hora del amor, en la estrecha cama de la alcoba matrimonial, compartida con los hijos arrebujados a los pies, rítmica y acompañada la respiración bajo la modesta y puerilera manta de cuadros.

Del «exterior», cara a la luz austral, paleando en las escombreras las escorias, había pasado al destajo de la planta quinta del pozo Santa Clara. Ciento cincuenta pesetas más en la nómina de cada sábado que aliviaban el presupuesto familiar desde septiembre, cuando, limpiándose las manos en las perneras de los pantalones, cruzó la cristalera de la administración y dijo al facultativo: «Hace diez días que me nació el tercer hijo y a la parienta no le ha venido la leche. Tengo sanos los pulmones y tan hombre soy como el primero. Báñeme de piquero al Virgen del Carmen o al Santa Clara. Necesito la prima de interior.»

Achacaba a la falta de luz en su trabajo la culpa de su involuntaria continencia. Los domingos salía al campo para llenar los pulmones de aire y tenderse en la hierba, boca arriba, cara a las nubes altas que difuminaban el sol en los predios cereales, por tierra de Cantillana y Los Rosales. Regresaba purificado, con el deseo estallándole de nuevo en los labios, en la garganta, en la yema de los dedos y en el corazón, feliz de haber recuperado el torrente vital. Pero era necesario esperar la llegada de una nueva semana y un nuevo asueto para volver a sentirse hombre.

—Déjalo. Estoy cansada, Miguel. No te esfuerces.

Se acercó más. El viento seguía colupianando el farol de la esquina. Sobre el cristal de la ventana tamborileaban las primeras gotas de lluvia que esponjarían las aceitunas de verde, harían crecer un palmo los híbridos maces de la vega y enrarecería el aire de los compresores «berby» haciendo más difícil la respiración en el interior y más triste el regreso con la esportilla del almuerzo, camino del hogar, atravesando las encharcadas escombreras y la explanada cenicienta.

—Está lloviendo —dijo a la mujer.
—Duerme. No te apures. Mañana domingo verás cómo sale el sol.

Olía a tierra mojada y a praderío, a carbón quemado y a estiércol. A primavera. La luz de abril quebraba los cristales de los miradores encajados, los azulejos de la torre de la iglesia, los polledros de hulla dispuestos para el embarque ferroviario. Unas nubes altas y delgadas paseaban el azul camino de Constantina y de Cazalla. Corrían perpendiculares al curso del Viar, sierra arriba, como los grajos en otoño. La pajarada galleaba el grito de la estación feliz en las ramas de los árboles del paseo y el correo de Mérida tomaba agujas en la vaguada, a la izquierda del pozo Santa Justa.

—Que no te entretengas luego en

la taberna —dijo desde el portal, agitando la mano en un saludo de despedida.

Se había vestido un mono limpio y calzado unas alpargatas de cáñamo. Al llegar al sotillo cortó una varilla de Fresno. Jugó con ella silbándola en el aire y dejándola caer luego sobre las perneras azules. Respiró hondo y aceleró el paso. Durante media hora caminó por el olivar. Al llegar al monte bajó sereno su andadura y buscó un calvero sin palma y sin genciana para tenderse al sol. Se dejó caer sobre la grama, boca arriba. Abrió las piernas y los brazos, cerró los ojos y se quedó enervado mientras el viento despellaba sus cabellos y hacía tremolar las cintas sueltas de sus alpargatas.

La luz huía tras los castilletes de la cuenca minera cuando se levantó. De regreso, como una flor de girasol, se querenciaba con el disco redondo que cala tras las encinas de la serranía, por los collados y las lomas grises de San Blas y de Antonio María Claret, el pozo inaugurado durante la guerra civil, en el segundo año triunfal, cuando él apenas contaba cinco años.

Aquella noche, los niños tardaron en dormirse. La madre hubo de acunarlos uno a uno para luego ir colocándolos amorosamente sobre los pies de la cama matrimonial. Y, aun ya arropados, no terminaban de coger el sueño, insistiendo los mayores en jugar con el padre, que fumaba sentado sobre el borde de la cama, esperando.

Cuando ella apoyó la cabeza sobre la almohada, suelto el pelo, sonriente, brillantes los ojos, caminó descalzo hasta la llave de la luz y desconectó la corriente. La bombilla amarilla se esfumó en el techo de vigas de madera pintadas de añil.

—María, María —dijo, estrechándola.

El final del amor le llenó de una inconcreta tristeza, de un telúrico miedo, como de despedida. El deseo seguía pesándole sobre las palmas de las manos y las yemas de los dedos. Acarició suavemente el vientre de la esposa y volvió a buscarla. Hubieran seguido abrazados hasta el amanecer, pero el más pequeño de los hijos se despertó y comenzó a llorar. Ella tuvo que acunarlo en la cabecera mientras le cantaba muy bajito:

*A la nana, nanita,
mi niño duerme.
con los ojos abiertos,
mayo y septiembre...*

Colgó la lamparilla del cinturón y avanzó por la galería. Llegaba el silbido del aire en los compresores de ventilación, el relincho de los caballos que arrastraban las vagonetas por los ralles hasta la rotunda electrificada, y el tableteo de las «automáticas», arriba, al fondo del plano inclinado hacia donde trepaba arrastrándose camino del tajo. De rodillas, conectó el martillo automático a la conducción de aire comprimido, se la apoyó sobre el pecho y pulsó la puesta en marcha. Cada uno de sus miembros comenzó a vibrar mientras la hulla resbalaba como una cascada de agua negra delante de su pecho y el sudor empapaba los pernilles de sus calzonas cortas y se escurrió hasta los tobillos por el camino de las rodillas.

Aún tenía en el pecho el frescor

umbrío del aire de la campiña. Recordó la noche y sonrió. Parecía volverle el deseo. Las automáticas continuaban perforando el corte. Notó ácido el paladar y se ensalivó los labios. El mismo sabor inconfundible llegaba también a la boca de cada uno de los camaradas de la cuadrilla. Se buscaron con la mirada unos a otros, interrogantes. Los martillos dejaron de picar la roca. Inesperadamente, la luz de la «lámpara maestra» se apagó. Unos segundos más tarde se producía la explosión. Una nube espesa y turbia envolvía la galería y los caballos relinchaban enloquecidos partiendo las cadenas que los unían a las vagonetas.

Una dorada claridad de amanecida, un luminoso resplandor delante de los ojos, y en el pecho un soplo

fresco de pinada y de ribera umbría, la cadencia de las espigas mecidas por el viento y la voz cálida de la mujer y el llanto de los hijos. Luego, el templado vozarrón de Cándido Oropesa, el cuadrillero de la segunda planta, conminando a los camaradas al grito desgarrado de la protesta, hablándoles de la seguridad en el trabajo, del grisú, de los pulmones endurecidos aquel día de marzo.

Después, nada, el cálido vientre de la mujer y sus ojos brillantes frente al resplandor de la ventana, y la conciencia de no ser ya nunca: un montón de carne tumefacta y un cortejo de negros ataúdes a hombros la ladera del cementerio a hombros de los compañeros, y una gran corona de flores con una cinta roja.

Un caballo relinchó por última vez en el anchurón antes de morir.

